

## LIBROS

### La segunda salida de «Palabra sobre palabra»

Con el título de «Palabra sobre palabra» (1), Angel González ha vuelto a reunir todos sus libros anteriores. La primera edición tuvo lugar en 1968. La actual se encuentra enriquecida con «Breves acotaciones para una biografía» (Las Palmas, 1969) y «Procedimientos narrativos» (Santander, 1972).

«Manifestación tardía de una vocación temprana», Angel González nació en Oviedo en 1925. Su primer libro, «Aspero mundo» (Madrid, 1956), obtuvo un accésit en el Premio Adonais de 1955. «Sin esperanza, con convencimiento» (Barcelona, 1961) y «Grado elemental» (París, 1962), especie de cartilla poética que mereció el Premio Machado, le colocan junto a un grupo de poetas (José Angel Valente, Claudio Rodríguez, Jaime Gil de Biedma, etcétera), al lado de los cuales alcanzaría su madurez. En 1965 publica un íntimo folleto, «Palabra sobre palabra», y en 1967, «Tratado de urbanismo».

Título significativo, «Palabra sobre palabra» viene a darnos una de las claves del poeta: su seguridad, su conciencia profesional, su acumulación lenta, elaborada, de cada una de las palabras, hasta conseguir la construcción de un edificio poético de gran importancia.

«Aspero mundo», su primer libro, tiene ya ese tono sencillo, coloquial, directo, y el afán

(1) «Palabra sobre palabra». Barral Editores. Barcelona, 1972.

de precisión, de lógica, que presidirá toda su obra. Como si a la asimilación del objetivo Pedro Salinas se uniera el prosaísmo de Gabriel Celaya. Pero aún hay otras afinidades con poetas, como Antonio Machado y Blas de Otero. Por otra parte, «Aspero mundo» representa el conflicto juvenil entre realidad y deseo, entre un mundo existente injusto y cruel y un mundo deseado, hermoso y apacible.

Poeta preocupado del valor y de la valía del arte, de su función y justificación; poeta para el que «una simple motivación estética no es pretexto para publicar un libro», sus palabras están cargadas de un grave acento crítico, con intenciones de modificar la realidad o de testimoniar sobre ella para combatirla. Su poesía se tiñe así de una ironía penetrante, brumosa, que irradia de todos sus poemas y los



Angel González.

envuelve en una comprensiva sonrisa.

«Sin esperanza, con convencimiento» se abre para ofrecernos un testimonio personal sobre un tiempo injusto: «Otro tiempo vendrá distinto a éste». Distinto a los duros días en que toda conexión con la Historia aparece rota por el cataclismo de la guerra civil. El poema «El campo de batalla» se nos muestra así como un resumen de toda la infinita soledad del hombre en una tie-

rra convertida en campo de batalla:

Algunos se murieron,  
como dije,  
y los demás, tendidos,  
[derribados,  
pegados a la tierra en  
esperan [paz al fin,  
ya no sé qué.

Pero, sin embargo, la espera está latente, porque:

Entre tanto,  
es verano otra vez,  
y crece el trigo  
en el que fue ancho  
[campo de batalla.

Dentro de una línea política concreta que hace su aparición en poemas como «Discurso a los jóvenes», presidida por una clara intención didáctica, se encuentra «Grado elemental». Fruto de su experiencia pedagógica, de la contradicción que lleva en sí todo magisterio, el poeta quiere hacerse entender al revés, subvirtiendo todos

los valores establecidos. Para ello se elige el tono pomposo y doctoral, y las lecciones se tiñen de una ambigüedad e ironía que golpea a lo tradicional:

En nombre de esos va-  
[lores fundamentales  
y de otros menos coti-  
[zados,  
algun debe hacer algo  
para evitarlo.

«Palabra sobre palabra», el cuarto libro del poeta, incide sobre el amor que había hecho

su aparición en «Aspero mundo». «Si fuese Dios —se pregunta el poeta—, haría un ser exacto a ti». Pero, volviendo a la realidad y reconociéndose solamente poeta, «espía de palabras»:

Busco  
el término huido,  
la expresión inestable  
que signifique, exacta,  
[lo que eres.

Con «Tratado de urbanismo», Angel González llega a la madurez de sus recursos expresivos dentro de un tono narrativo, evocativo y coloquial. En él se funden también sus dos vertientes poéticas: la nostálgica y la crítica. Como «Grado elemental» pretende ser un tratado, un estudio, un acicate para los demás; una reflexión, una lucha entre la ciudad —Ciudad uno—, cualquier ciudad real, y la ciudad —Ciudad cero— soñada.

En la primera parte se hace un examen minucioso a la ciudad, a su vivir cotidiano, establecido. Su descubrimiento le lleva a comprender la inutilidad de cuanto ha visto, la desgarradora soledad que encierra el vivir cotidiano y en sociedad:

Porque se tiene conciencia de la inutilidad de  
[tantas cosas/  
a veces uno se sienta  
tranquilamente a la  
[sombra de un árbol./

El libro se enriquece con un «Intermedio de canciones, sonetos y otras músicas» para pasar después a evocar la ciudad perdida en una revolución, «luego de una guerra», y para terminar con:

Este miedo difuso,  
esta ira repentina,  
estas imprevisibles  
y verdaderas ganas de  
[llorar.

Con «Tratado de urbanismo», creemos, se cierra un ciclo en el quehacer poético de Angel González. Su siguiente aparición, «Breves acotaciones para una biografía», supone una cierta libertad temática y formal en relación

con los libros anteriores. Así, el juego surrealista de «Eso era amor»:

Le comenté:  
—Me entusiasman tus  
[ojos.

Y ella dijo:  
—¿Te gustan solos o con  
[rimme]?

—Grandes,  
respondí sin dudar.  
Y también sin dudar  
me los dejé en un pla-  
[to y se fue a tientas.

Y así, con «Procedimientos narrativos» hemos llegado al final de «Palabra sobre palabra».

Libro de una gran unidad, tal y como corresponde al concepto vigilante de su autor, «Palabra sobre palabra» constituye hoy un verdadero hito en la poesía española de posguerra. Síntesis de un tiempo difícil, donde el prosaísmo y el tecnicismo han invadido todos los rincones; síntesis del desajuste entre la realidad y el deseo, «Palabra sobre palabra», con los pies posados en la tierra, diario del cotidiano vivir de un hombre de nuestro tiempo, comporta una aventura poética necesaria para todos. Un libro imprescindible. ■ JOSE ESTEBAN. Foto: COLITA.

### La novela por entregas, ¿una estafa moral?

La atención creciente de los historiadores de la cultura española del siglo XIX hacia el fenómeno de la novela por entregas, visible en la producción historiográfica de los últimos años, viene arrojando como balance provisional dos tipos de estudios. Consiste el primero en aquellos que tratan de encontrar la significación del género en el marco de las ideologías del siglo XIX, por medio de un estudio cualitativo que pone de relieve este o aquel aspecto de una corriente literaria, mediante una acumulación de datos, que

sirve de soporte a la tesis inicial. Tal sería el caso de los diversos trabajos en que, con más o menos precisión, Iris Zavala ha puesto de relieve el posible contenido socialista de la obra de Ayguales de Izco, y la influencia que sobre todo el período, en autores y editores, ejerce el boom europeo de Eugenio Sue. Otro tipo de análisis se dirige, más que a un autor o influencia particular, al régimen de producción de esa paraliteratura que es la novela por entregas, desplazando el punto de mira del discurso literario al libro como mercancía, por entender que justamente la novela por entregas constituye un género literario en que tanto los aspectos formales como por propio mensaje ideológico se encuentran básicamente determinados por la subordinación a un determinado proceso de comercialización, que tiene como momento fundamental «la entrega».

En esta segunda línea, conocimos algún avance del trabajo, todavía inédito, de Jean-François Botrel sobre la producción de novelas por entregas en el último tercio del siglo XIX, y ahora nos llega, anticipando asimismo ulteriores desarrollos, el libro de Juan Ignacio Ferreras, *La novela por entregas, 1840-1900* (Taurus, 1972). Estudio que, si hemos de creer a un «plan general», que sin otra presentación reproduce su página novena, forma parte de un conjunto de diez trabajos destinados a reconstruir la historia de la novela española en el pasado siglo.

Dos son, creemos, las principales aportaciones de la obra de Ferreras. En primer lugar, el apuntado desplazamiento metodológico, dirigido a sustituir un conocimiento, que aquí sería insuficiente, reducido a temas, influencias, etcétera, por un planteamiento global en que la atención del investigador se centra sobre las «estructuras mediadoras», que dan forma

y contenido al género estudiado. «El problema —escribe Ferreras—, no consiste en estudiar la novela por entregas como mercancía y como novela, como producción económica y como materialización artística, sino en comprobar y tratar de describir las mutuas intermediasiones de lo económico y lo artístico en un solo objeto, llamado novela por entregas». Este supuesto lleva a establecer cuatro mediaciones —o estructuras mediadoras-básicas: a) los lectores, el público consumidor, a cuyas expectativas ha de ajustarse este tipo de discurso literario; b) los editores-empresarios en sentido estricto; c) los autores, sometidos, salvo excepciones, a una salarización típica, asimismo del modo de producción capitalista, y d) las obras, mercancías llamadas novelas. A partir del conocimiento de las mediaciones enumeradas, cabe, según Ferreras, abordar el proceso de degradación de la novela por entregas, analizando temas (en la terminología por él empleada, «estructuras estructuradas, es decir, la materialización de la problemática»), y problemáticas («estructuras estructurantes de la materialización artística, que llamamos novela por entregas»).

La segunda aportación, de orden material, consiste en el primer bosquejo de un censo de novelas por entregas publicadas en el siglo. Piensa Ferreras que entre 1840 y 1900 vieron la luz de dos mil a tres mil novelas, con un mínimo de ciento treinta autores seguros, y unos ciento cincuenta probables, de los que treinta pueden clasificarse, en sentido estricto, como especialistas de la entrega. Así, el censo de autores del capítulo IV y la reseña de especialistas del V, en tanto que primera estadística del género integran por sí solos una aportación de primer orden.

Por contraste, en el desarrollo del planteamiento general se ad-

vierten pronto los lunares de que el propio autor nos ha advertido en su prólogo, inevitables en este tipo de investigaciones sobre temas escasamente tratados. En primer término, habría que recordar que en la década de 1840, la novela no es el único género que se comercializa mediante la entrega. Si es cierto que responde a una expansión del público lector, que resulta posible por el crecimiento económico, la urbanización y la liberalización de la censura, no cabe ceñir en esta primera fase la entrega ni siquiera al ámbito literario. En la citada década, por entregas se publicaron historias universales y novelas de Sue, biografías políticas y la *Explanación del sistema socialista*, de Fourier. Por lo cual cabría señalar una primera fase —que, de otro modo, escapa al análisis, como sucede en el caso de Ferreras—, en que la entrega responde sólo a una necesidad económica, al conjugarse la aparición de masas de nuevos lectores, dotados de escasos recursos —posiblemente los mismos que en las mismas fechas nutrían por centenares los gabinetes de lectura—, y la consolidación de una empresa editorial de comportamiento claramente capitalista. Cuarenta años antes había advertido esta transformación en los medios de comunicación Luis Cañuelo, al evaluar los efectos de sus ensayos, vendidos, como *El Censor*, por entregas semanales: «El poco coste de cada papel lo hace comprar a muchos, a quienes se haría duro alargar de una vez mayor cantidad de dinero; el poco tiempo que la lectura exige es causa de que pasando con rapidez de mano en mano, un solo ejemplar haga el oficio de muchos y sirva para un gran número de lectores...». La democratización de la lectura, que suponía la entrega, no era, pues, en principio estufa moral alguna, sino que res-

pondía a una adecuación perfectamente objetiva a los rasgos económicos y culturales de un público, que al alfabetizarse, podía preferir leer la entrega de una novela a los romances de ciego y demás manifestaciones de la «literatura azul», que deberían mencionarse como sus inmediatos antecedentes o al libro situado más allá de su poder adquisitivo. Lo cual, evidentemente, no excluye que el predominio del aspecto mercancía llevase desde muy pronto a una degradación del género, que ya está contenida en las obras iniciales. Pero dentro de una ambigüedad y con una confusión de planos (propaganda ideológica-mercancía), de que es el mayor exponente el propio Sue, y entre nosotros, el primer Ayguals de Izco, Alfonso García Tejero, etcétera. Sería preciso efectuar una lectura cronológica de los autores —pensamos en Ayguals, de *María a Los pobres de Madrid*—, que permita periodizar el tema, y distinguir la fase inicial de ambivalencia (con un resultado final que probablemente estaría a mitad de camino entre las interpretaciones de Ferreras y Zavala), y el desarrollo de la entrega a partir de mediados de siglo, donde ya la estimación del autor que comentamos nos parece plenamente válida. Aunque, sin duda, debiera acentuarse la indagación sobre fuentes de prensa que eventualmente permitirán concretar datos sobre tiradas (así, en los años centrales del XIX, y pensando en el éxito de la *María*, debían ser de tres mil y no de diez mil ejemplares), o rasgos de las propias ediciones, como la superposición en el período citado de ediciones de lujo y económicas que podrían responder a una diversificación clasista del público. También habría que profundizar en los análisis de la organización editorial y en el estudio de autores, más allá de lo que arroja la rese-

ña de los especialistas: del escritor proletario, como García Tejero, al autor-empresario Ayguals de Izco media una distancia que es preciso recorrer, etcétera.

En todo caso, las objeciones anteriores tienen sólo un objeto parcial, y en nada afectan al rigor de un estudio sobre la sociología literaria de nuestro XIX, que desde ahora aparece como fundamental. Y es que el libro de Juan Ignacio Ferreras ofrece una espléndida base de discusión. ■ ANTONIO ELORZA.

## Una disputa fundamental

El primer volumen (1) de una nueva colección de Grijalbo, titulada «Teoría y sociedad», recoge una de las polémicas más importantes del siglo en el terreno filosófico: la sostenida por T. W. Adorno y Karl R. Popper en el Congreso de la Sociedad Alemana de Sociología de Tübingen, en 1961, proseguida, con acentuación del lado polémico, por discípulos de cada uno, fundamentalmente Jürgen Habermas y Hans Albert. La disputa comenzó versando sobre la relación entre ciencias sociales e investigación empírica, pero pronto esta cuestión metodológica estalló en sus límites y la divergencia se planteó de modo más radical y más profundo, como señala con acierto, en su nota liminar al libro, Jacobo Muñoz —autor también de la excelente traducción de la obra—; lo que finalmente se enfrentan son dos tipos diferentes de talante filosófico, dos maneras de concebir la razón.

Esta polémica fue el punto álgido de la ejecutoria pública de la llamada Escuela de Francfort, su batalla final y su canto de cisne. Después vino el declinar, la fatigosa caterva de los epígonos. Como toda ba-

(1) «La disputa del positivismo en la sociología alemana». Ed. Grijalbo, 1972.

talla, fue una lucha perdida y ganada, un combate equivocado que acertó en lo esencial; si el saldo definitivo fue favorable en algo a los francfortianos, lo fue en esto: los analíticos lucharon contra las opiniones vertidas por sus oponentes, pero éstos lucharon contra sí mismos; no trato de sugerir que éstos fueran más honrados que aquéllos, sino que mancaban un estilo no lineal, sino circular, que siempre acaba dando cuenta de sí mismo: ese estilo no les perdonó el contagio que inevitablemente sufre quien polemiza con las dolamas de su oponente y finalmente se volvió contra ellos. Esta intransigencia con la propia debilidad es lo que emparenta al estilo de los de Francfort con lo que siempre ha merecido llamarse «filosofía», mientras que pone en entredicho el método de los analíticos.

Al volver de la Feria de Libreros en Francfort, contaba Jesús Aguirre dos anécdotas significativas. La primera versaba sobre la condena de la Escuela Crítica dictada en Praga por un Congreso de filósofos marxistas, hace muy pocos meses: fueron acusados de haber promovido los sucesos de mayo del 68 en Francia, con su escuela de voluntarismo, indisciplina, etc... Estos desahogos stalinistas siempre son obtusos y ridículos; dichos en Praga, son siniestros. La segunda se refiere al rumor de que será el popperiano Hans Albert, destacado oponente de Adorno en la polémica citada, quien sustituya a éste en su cátedra de Francfort. Esto no es justicia poética, sino decadencia: tras un relativo paréntesis, la Universidad ha encontrado de nuevo su hombre y su estilo. Creo que ambas anécdotas coinciden en situar a la Escuela Crítica, más allá de sus innegables debilidades, en su libre y vivificadora magnitud. Volvamos a la polémica.

Es fácil y perfectamente cierto señalar que

los malentendidos abundaron en ambos campos; no estoy seguro, en cambio, de que esto fuera tan nocivo como pudiera creerse. Porque muchas de las simplificaciones que se cometieron sirvieron para acercar la polémica a lo esencial y radicalizarla, lo que me parece precisamente su mayor interés. Es así que en la disputa realmente «polémica», la que sostienen Habermas y Albert, se pormenoriza relativamente más, pero todo se embarulla y empequeñece. En los textos de Adorno y Popper, que se ignoran majestuosamente el uno al otro o se dan cortésmente la razón, hay más tensión que en los que cumplen el juego polémico al pie de la letra, pues la auténtica tensión intelectual es siempre más gozosa y más honda que la polémica más vitriólica.

Tomemos como ejemplo la cuestión del abuso que supone subsumir «filosofía analítica», «positivismo», «racionalismo crítico», etc..., en un mismo concepto y anátoma. Admitamos en cierto modo lo justo del reproche; pero, ¿acaso no hay un tipo de opción intelectual común a todas ellas? El carácter modélico de «verdad» que nos dan las ciencias experimentales, la pretensión de apoyar el discurso en algo que no sea su propia autolegitimación —algo exterior, de algún modo, al discurso—, la visión «progresiva» de la filosofía como algo paulatinamente perfeccionable, la convicción de que la literatura y el arte no son formas válidas de conocimiento o lo son en menor medida que la ciencia, la postergación de la experiencia subjetiva ante el testimonio interpersonal, la preferencia por los problematismos parciales frente a los planteamientos totalizadores, la aplicación del principio científico de economía al estilo —lo que hay que decir, puede decirse claramente y con brevedad— y el consiguiente rechazo del discurso oscuro y derrochador, etc.